

EL TIEMPO HISTÓRICO: FUTURO, PRESENTE Y PASADO

O TEMPO HISTÓRICO: FUTURO, PRESENTE E PASSADO

THE HISTORICAL TIME: FUTURE, PRESENT AND PAST

Adolfo Ibáñez Santa María¹⁵

aibanezsm@yahoo.com

RESUMEN: Este ensayo plantea la importancia esencial del tiempo histórico en la formación y vida de las personas, lo que lleva a considerar la educación como agente que lo potencia. Constituye una reflexión personal derivada de una vida dedicada al estudio de la historia. Las matemáticas, la filosofía y la geología, entre otras, se refieren a un tiempo que es externo a la vida humana empleándolo para ordenar sucesos y fenómenos que se expresan en la secuencia de pasado, presente y futuro. El tiempo histórico, en cambio, es un aspecto fundamentalmente humano: brota desde el interior de cada uno y nos otorga proyección dándonos conciencia de nuestras vidas y de su trascendencia inherente. Esto porque nuestro actuar se ordena según el llamado del futuro deseado, que nos indica los actos a realizar en el presente para lograrlo. La sucesión de presentes configura un pasado que recordamos: un depósito de experiencias y conocimientos que nos ayudan en los actos del presente, para ir labrando la vida singular que se plasma en una “personalidad”. Así, la secuencia del tiempo histórico se ordena como futuro, presente y pasado. Como componente natural de lo humano requiere ser educado para elegir entre diferentes caminos y modos de actuar, comprendiendo la virtud como finalidad de vida. Y para convivir en sociedad, pues tenemos capacidades limitadas de acción y de diseño de futuro. Y la sociedad nos permite ampliar nuestro horizonte superando nuestras limitaciones. Se destaca el papel de las familias y las escuelas para desarrollar estas potencialidades, más allá de los objetivos meramente materiales y fortalecer nuestra dimensión espiritual, que es nuestro reducto más íntimo, que nos permite proyectar nuestra personalidad en medio de la colectividad que integramos.

PALABRAS CLAVE: tiempo; singularidad; misterio; personalidad; educación.

RESUMO: Este ensaio objetiva formular considerações sobre a importância do tempo histórico no processo formativo e na vida das pessoas, o qual nos leva a considerar a educação como um dos seus agentes potencializadores. Constitui-se numa reflexão pessoal, fruto de uma vida dedicada ao estudo da história. Para isto faz-se necessário, primeiro, diferenciá-lo do tempo como conceito abordado pela matemática, a filosofia, a geologia, entre outras, porque se trata este de um vetor externo à vida humana, empregado para ordenar acontecimentos e fenômenos que se expressam numa sequência passado-presente-futuro. O tempo histórico, em contrapartida, é um aspecto fundamentalmente humano: brota do interior de cada um e nos projeta, oferecendo-nos uma consciência sobre nossas vidas e a transcendência inerente a elas. Isso ocorre porque o nosso agir se organiza segundo o apelo do futuro desejado, que nos indica os atos a realizar no presente para consegui-lo. Assim, a sucessão de presentes configura um passado do qual lembramos: um depósito de experiências e conhecimentos que nos auxiliam nos atos do presente, para construir a vida singular que se plasma numa “personalidade”. A diferença do tempo externo, a sequência do tempo histórico se ordena como futuro-presente-passado. Porém, como componente natural do humano, precisa ser educado para elegermos entre diferentes caminhos e modos de agir, e de compreender a virtude como uma finalidade de vida. De igual forma, para conviver em sociedade, pois temos capacidades limitadas de ação e desenho do futuro. A sociedade, por sua vez, nos permite ampliar o nosso horizonte, superando nossas limitações. Destaca-se o papel das famílias e escolas para desenvolver as potencialidades de cada um, muito além

¹⁵ Licenciatura en Historia (Pontificia Universidad Católica de Chile). Academia Chilena de la Historia (Miembro Numerario)

dos objetivos meramente materiais e fortalecer a nossa dimensão espiritual, que é o nosso abrigo mais íntimo, o qual nos permite projetar nossa personalidade em meio à coletividade da qual formamos parte.

PALAVRAS-CHAVE: Tempo; Singularidade; Mistério; personalidade; educação.

ABSTRACT: This essay discusses the essential importance of historical time in the formation and life of people, which leads to consider education as an agent that enhances it. It is a personal reflection derived from a life dedicated to the study of history. Mathematics, philosophy and geology, among others, refer to a time that is external to human life, using it to order events and phenomena that are expressed in the sequence of past, present and future. Historical time, on the other hand, is a fundamentally human aspect: it springs from within each one of us and gives us projection by making us aware of our lives and their inherent transcendence. This is because our actions are ordered according to the call of the desired future, which indicates the acts to be carried out in the present to achieve it. The succession of presents configures a past that we remember: a repository of experiences and knowledge that help us in the acts of the present, to carve out the singular life that is embodied in a "personality". Thus, the sequence of historical time is ordered as future, present and past. As a natural component of the human, it requires being educated to choose between different paths and ways of acting, understanding virtue as the purpose of life. And to coexist in society, because we have limited capacities for action and for designing the future. And society allows us to broaden our horizons by overcoming our limitations. The role of families and schools in developing these potentialities is highlighted, beyond merely material objectives and strengthening our spiritual dimension, which is our most intimate stronghold, which allows us to project our personality in the midst of the collectivity we are part of.

KEYWORDS: Time; Singularity; Mystery; Personality; Education.

El tiempo es un fenómeno que tiene muchas posibilidades de ser comprendido: los matemáticos lo han abordado y de allí nos aparece el tiempo físico y también el astrofísico; los filósofos, a su vez, también, aunque del tratamiento que le han dado es posible pensar que arrancan del ámbito de las matemáticas, más especialmente de la geometría. La geología nos habla de las edades geológicas de la tierra y de los astros en general. La astronomía nos vincula con los ciclos diurno-nocturno y anual. En fin, desde muy diversos conocimientos nos vinculan con ese tiempo que es externo a nosotros. Es sólo un parámetro que mide exclusivamente lo que demora en ocurrir un fenómeno.

De aquí se desprende la concepción que viene desde los griegos, la cual lo comprende en forma lineal, de manera tal que es posible numerarlo o fraccionarlo en períodos, hacia el antes y el después a partir del ahora. Todo parece indicar que es un raciocinio que se asienta en lo matemático y, en este caso específico, en la geometría (la remisión a línea, puntos y números en Aristóteles nos lleva al corazón de esa disciplina). Y ese ahora más parece estar referido a una abstracción carente de humanidad más que a un "nosotros" o un "yo".

Todos estos casos tienen en común que nos presentan un tiempo que es externo a la vida humana. Son sólo mediciones que, en el mejor de los casos, nos sirven para ordenar la cotidianeidad de nuestras vidas, registrar con claridad en la memoria y proyectar o pensar ordenadamente acciones futuras. Además, nos presentan una secuencia temporal dispuesta desde el pasado hasta el futuro: pasado, presente y futuro. Este ordenamiento ha tenido tanta gravitación en nuestra formación intelectual que no somos capaces de pensar en un orden diferente, pues parecería que estamos introduciendo un “desorden” de proporciones, un verdadero caos intelectual en este asunto.

Por este camino ha llegado a parecer absolutamente normal considerar al tiempo como un elemento externo a nuestras vidas. De aquí deriva también que consideremos plenamente válida la existencia de una Historia Natural que ordena nuestra concepción de la vida cósmica, mineral, vegetal y animal, en un pie de igualdad con la de la historia humana.

La historia de la humanidad, en cambio, trata de las acciones de los hombres en el tiempo y en el espacio: en el ahora y en el aquí. Pero debemos entender que para la historia de los hombres el ahora y el aquí son copulativos: cuando nos referimos a la vida humana no podemos comprender el uno sin el otro. Por este motivo debemos comenzar a pensar que ambos están demasiado vinculados con lo más profundo de lo humano. En realidad, son inseparables de lo humano. Esto a pesar de que el tiempo es un aspecto inmaterial y el espacio es la esencia de lo material.

Sin embargo, como fenómenos tan humanos, ambos son un componente de lo espiritual de la vida. El tiempo, como el ámbito no material que le otorga a la vida su proyección histórica, y el espacio como el escenario material en el cual transcurre la vida. Respecto de esto último, cabe hacer una digresión para señalar que, desde muy antiguo, expatriar a una persona, expulsarlo de su lugar de origen, era un castigo máximo que marcaba la vida entera del expatriado porque lo desligaba de su espacio originario, dejándolo como si no fuera de ninguna parte y así quedaba en condición de paria.

Quedémonos ahora con el problema del tiempo histórico. Y reafirmo en que no es un asunto externo a las personas, algo que, desde el punto de vista de la historia, pueda ser considerado como externo o diferente de nosotros. Desde el descubrimiento de América hasta ahora han ocurrido más de quinientas vueltas de la tierra alrededor del sol. Eso no es tiempo humano. Es un asunto puramente astrofísico.

El tiempo histórico comprendido desde entonces hasta ahora lo constituyen las numerosas generaciones que se han sucedido. La sucesión de sus vidas ha configurado el tiempo transcurrido. De aquí podemos concluir que el tiempo histórico no es una mecánica ni una geometría, sino vida humana. No es un elemento abstracto y externo a nosotros. Al referirme al tiempo histórico estoy destacando un elemento esencial, fundamental, de la vida humana.

Y si el tiempo no es algo dado desde fuera de las personas quiere decir que es algo que brota desde dentro, desde el interior de cada uno. Somos nosotros mismos los que mediante nuestra temporalidad le hemos ido dando forma a nuestras vidas. Por esto nuestro tiempo no es una línea ni menos una sucesión de puntos. El tiempo es algo propio de cada uno que, sin embargo, se da dentro de un ciclo biológico que se reproduce también en los animales y en los vegetales. Al ver ese ciclo en la naturaleza y sentirlo dentro de nosotros no es extraño que consideremos ese fenómeno externo como una materialización del tiempo.

Sin embargo, a diferencia de los ciclos biológicos, el tiempo histórico es parte de nuestra espiritualidad porque tenemos conciencia de nuestra vida: de lo que deseamos hacer y de lo que hemos hecho. El tiempo histórico le da trascendencia a nuestros actos por estar vinculado al hecho de que va forjando la vida paso a paso a partir de lo espiritual nuestro, por lo que no debemos entender solamente que supera la mecánica del ciclo biológico, sino que, desde lo más profundo de nuestro ser, lo histórico marca o destaca una realidad no material y trascendente que señala la exclusividad de lo humano y lo diferencia de toda vida no humana, además de lo material.

Y aquí ya nos pasamos a nuestro fondo espiritual, que es el que confiere realidad al tiempo humano porque presente la existencia del mañana, del presente y del ayer como momentos de nuestra vida interior y singular, absolutamente singular, de cada uno de nosotros. Podemos compartir numerosas experiencias con muchas personas, pero el modo como las hemos vivido es exclusivamente nuestro. Cuando compartimos estas experiencias con otros con quienes hemos vivido algunos episodios de nuestras vidas, descubrimos que nuestras vivencias son absolutamente singulares y nos sorprendemos de que los otros hayan experimentado vivencialmente aquellos episodios de una forma diferente. Dentro del grupo que compartimos una experiencia dada, descubrimos que cada uno la vivió de una manera diferente: en la

riqueza de la conversación podemos intercambiar esas vivencias y enriquecer a otros y, a la vez, enriquecernos de las de otros

Y a partir de estas experiencias y del modo singular de haberlas vivido, se nos van apareciendo los diferentes momentos futuros, pasados y presentes de aquellos instantes. Así, el tiempo vivido no es un complemento de la vida, sino la expresión misma de la vida que nos anima (la que da realidad al “ánima”). Al ser algo tan profundamente humano no puede ser lineal, puesto que es la vida que se va labrando desde la vida misma, desde el núcleo de nuestro espíritu.

Se podría señalar que la vida es una “forma” que se va precisando a lo largo de ella. Pero la vida-tiempo histórico no es una línea, y una forma requiere de una o varias líneas para adquirir su fisonomía. Por este motivo hay que comprender lo de “forma” simplemente como una metáfora que sólo nos aproxima a una comprensión más acabada de este fenómeno. Quizás podríamos referirnos a una forma “informe”. Como esto último es difícil o imposible de explicar – explicar lo que no es – quedémonos con la metáfora señalada para acercarnos a comprender el fenómeno de la vida histórica que, aunque no tiene forma, constituye una realidad innegable. El hecho que la vida la constituye esta forma “informe” es lo que genera una dificultad invencible para los historiadores que deben tratar de aprehenderla y explicarla, sin poder llegar nunca a un punto seguro o definitivo y así, finalmente, debemos contentarnos con aproximaciones, suposiciones, comparaciones, ideas acerca de ella, etc.

Este tiempo histórico hace que la vida se vaya labrando de una manera que difícilmente, o nunca, pasa más allá de un deseo, como punto de partida bastante nebuloso y que, luego, mediante actos, queda expresada en una realidad que tampoco alcanza una nitidez que contribuya a aclarar de mejor modo esa nebulosa del deseo original. Pueden ser precisos los anhelos de ocupar tal o cual posición en la sociedad, ya para subsistir, para aportar a ella o para servirse de ella para satisfacer apetitos más o menos definibles, así como también para otras y muy numerosas cantidades de metas, pero que difícilmente pueden responder con absoluto aplomo a la indiscreta pregunta “¿con qué fin?”.

La vida misma es algo interior del espíritu, que nunca alcanza a explicitarse del todo en el plano de lo vivencial: aquí nos encontramos con que el misterio de la vida repercute en la complejidad del trabajo del historiador que debe, finalmente, contentarse con acercarse con mayor o menor exactitud a las posiciones externas

deseadas por las personas pero que generalmente naufraga o se empantana cuando intenta desentrañar las razones últimas que movieron a esas personas: intentar adentrarse en este campo misterioso es intentar clarificar aquel misterio de la singularidad de la vida de cada uno.

Ahora bien, al afirmar que la vida consiste en un irse labrando paso a paso no significa que uno vaya haciendo como un escultor que frente a un trozo de roca comienza a tallarlo desde fuera, desbastando esa roca para llegar a la forma concebida de antemano, y generalmente planeada con mucha precisión como que se la ha ido dibujando en sucesivos bocetos preliminares. Es el modo de trabajar la materia: desde fuera hacia adentro por un ser externo a la roca. Y el escultor no se pregunta por el misterio de la roca porque en ella no hay misterio, solo cualidades físicas a tener presentes para realizar el tallado. Viajando por Italia hace algunos años me tocó divisar en lontananza las canteras de Carrara, de donde Miguel Ángel obtenía sus mármoles, experiencia a raíz de la cual, y por contraste, percibí que la labor de edificación personal ocurre desde dentro de nosotros: el espíritu no se labra desde fuera, sino que desde dentro de sí mismo, de un modo semejante a cómo brota una flor: el misterio de la vida histórica radica en que surge desde sí misma y los historiadores sólo vemos lo que le fue ocurriendo y logrando externamente a la o las personas estudiadas. Por estas externalidades tratamos de aproximarnos a la esencia espiritual de aquellos individuos.

La labor de la vida constituye, pues, una dedicación que nace desde dentro de cada uno, desde lo más íntimo del misterio personal, para tratar de dar “forma” a lo “informe”. Forma que va a ser siempre difusa porque va a ser sólo un reflejo de ese misterio que nos define a cada uno y que la definimos empleando una palabra con mucha amplitud y bastante de vaguedad como es el término “personalidad”: sello distintivo inmaterial, y por ende carente de forma externa, pero que constituye una realidad maciza que nos singulariza a cada uno. Con este último concepto señalamos el sello singular de cada uno y, porque estamos dotados de una intrínseca libertad, ese sello se ha ido decantando al tener que ir eligiendo ante cada nuevo paso y que se mantiene en su esencia a pesar de que podamos ir cambiando a lo largo de la vida. El problema de la libertad es otro aspecto crucial, que por ahora lo dejo en reserva.

Así, entonces, esta forma se va esculpiendo desde dentro de nosotros de una manera misteriosa afirmada, o ayudada o guiada externamente, por las posiciones en

la sociedad, tanto por la que hemos heredado o también por la que hemos definido para nosotros y que vienen a ser como la materia humana externa que completa nuestro ser que radica en el misterio del espíritu. Demás está decir que la influencia del mundo exterior sobre el afán personal de irse labrando aumenta significativamente la complejidad de esta íntima labor interior en el ámbito de nuestro espíritu.

De este modo, el tiempo, o la vida, se inicia o comienza desde la confusa “informidad” de la potencia: aquello que anhelamos o deseamos, y termina en la también poco precisa realidad que alcanzamos en la vida, más allá de los logros y fracasos que hayamos tenido en la lucha por alcanzar las situaciones externas que hemos definido como hitos para afirmarnos en la sociedad, en lo externo a nosotros, o para responder a la interioridad que pretendemos que nos defina como personas: nuestra personalidad.

Para aclarar lo anterior, la vida, que en cierto modo podríamos definir como la concreción del tiempo histórico, debemos comenzar a percibirla desde el futuro, pasando por el presente y quedando finalmente en el pasado. La vida se realiza, se manifiesta, desde la potencia, el futuro, hacia las realidades, el presente, mediante los actos. La vida se hace a partir del futuro que atrae o que llama indicando o proponiendo las metas a alcanzar, y que impulsa o desencadena y define las acciones presentes, los actos, con el objetivo de lograr esas metas.

Esto significa que el futuro es una creación espiritual, valga este término para expresar la imprecisión de un anhelo, que surge desde nuestros deseos gestados en nuestro espíritu que así movilizan nuestras potencias y, mediante ese proceso define los actos para materializarlos, lo que constituye el presente. Y luego, estas acciones, a medida que son sucedidas o reemplazadas por otras nuevas, van generando nuestro pasado donde quedan grabados los testimonios de los esfuerzos realizados, más allá de los éxitos y fracasos que envuelvan, y que constituyen el acervo de experiencias que nos ayudan, o nos auxilian, en la lucha de los sucesivos presentes y sus actos, por aproximarnos al futuro que moviliza o activa a nuestro espíritu.

Una vez comprendido este fenómeno vital-temporal comenzamos a ayudarnos de los ciclos astronómicos para numerar – y así distinguir – las fases o momentos por los que ha transcurrido la vida, y que denominamos el tiempo pasado. Así, los elementos externos nos ayudan a ordenar los sucesos vividos: ¡OJO!, los ciclos astronómicos sólo pueden prestar esta ayuda exclusivamente para ordenar lo pasado, lo que ya sucedió y recordamos. Por lo mismo es posible numerarlo, es decir, fechar

las etapas vividas, recurriendo a dichos ciclos. Esto, además, nos ayuda a mantener con orden en la memoria los acontecimientos ya pasados para que nos auxilien como acervo de experiencias.

En ningún caso los ciclos astronómicos sirven para ordenar lo por venir: lo que transcurrirá en la búsqueda del futuro no es numerable porque es desconocido debido a que aún no ocurre: es sólo un anhelo, un proyecto que no adquiere realidad hasta que, pasando por el presente, el momento de los actos, se transforma en pasado. Sin embargo, hacia el futuro numeramos, o calendarizamos, proyectos. Es importante para ordenarnos, y nos servirá de mejor modo si siempre tenemos en cuenta que, como estamos pensando en momentos que aún no llegan, pueden suceder cosas que nos obliguen a modificar o corregir esas proyecciones, motivo por el cual es importante plantearse con mucha ductilidad frente a esas proyecciones.

El presente es el momento o instante en que nos encontramos labrando el futuro. Desde un punto de vista físico cabe discutir si el presente es un instante fugaz o, incluso, si realmente existe. Mucha tinta ha corrido al respecto. Desde el punto de vista del tiempo histórico podemos afirmar que su duración no es mecánica, sino marcado por el rasgo humano, es decir, por la imprecisión de lo “informe”. Es el momento en que nos encontramos batallando cotidianamente. Si bien puedo afirmar que hoy estoy haciendo esto, que mañana haré lo otro y que ayer hice tal otra cosa, en el hecho práctico, al afirmar que estoy investigando tal o cual tema, ese presente tiene una duración equivalente al tiempo que me tome dicha tarea, que puede ser varios días, semanas, meses o años, incluso. Dentro de ese presente voy a realizar tales y cuales actos, debido que ya realicé tales y cuales otros: esto quiere decir que estamos frente a un presente macro o dominante, que contiene diversas etapas y, por ende, tiene unos presentes, futuros y pasados micro, derivados o subalternos que enriquecen y dan relieve al presente histórico: este también es “informe”: no necesariamente se realiza en un solo acto preciso e individualizable. El presente en que uno vive se extiende por toda la duración cronológica y diversidad de labores que pueda tener según de qué actividad se trate. No es posible encajarlo simplemente en una duración cronológica mecánica y externa a uno.

Ahora bien, toda esta disquisición sobre el tiempo histórico nos puede hacer pensar que, como es un fenómeno humano tan natural, sólo debemos dejar que actúe espontáneamente presidiendo nuestras vidas. Sin embargo, precisamente por ser tan naturalmente humano requiere ser educado pues, como seres libres que somos,

siempre vamos a estar puestos frente a la disyuntiva de tener que elegir entre diferentes caminos y entre diferentes modos de actuar, incluso cuando aparece la tentación de actuar recta o torcidamente. Siempre necesitaremos una guía que nos enseñe que es preciso elegir y que esas elecciones tienen consecuencias para bien o para mal.

En este punto es preciso señalar la importancia de la meta de la virtud como una finalidad de vida, como un objetivo excelso para irse esculpiendo desde dentro, como una disposición sobresaliente que se logra sólo a través de un exigente y personalísimo proceso de formación del carácter. Y la educación que recibamos, tanto de la familia como de la escuela, es el factor que nos entrega parámetros para optar o decidir entre las alternativas que constantemente nos está presentado la vida y el tipo de persona que queramos ser: de excelsitud o de vulgaridad.

Este hecho de la causa nos obliga a pensar en la educación que requerimos para poder vivir con plenitud este fenómeno tan humano que es el tiempo histórico, y que nos ayude a apuntar siempre a las metas espirituales más altas como forma de lograr una personalidad de rasgos nítidos y destacados que refuerce nuestra singularidad.

Más aún, en esta época en que se tiende a identificar con facilidad educación con la mera instrucción escolar, debemos tener muy presente que las personas requerimos ser educadas para enfrentar la vida, es decir, recibir parámetros que nos ayuden o faciliten el optar y decidir para enfrentar la vida, cosa que comienza (y muchas veces termina) con la guía que dan los padres a sus hijos: labor que les nace a los padres y que reclaman con toda naturalidad los hijos. Pero que, a continuación, viene el complemento que entrega la escuela: los profesores, los compañeros y todo el amplio mundo que la rodea.

Educar va mucho más allá que instruir, que no es otra cosa que agregar conocimientos externos a nosotros con algún fin utilitario. Educar consiste en desarrollar las potencialidades que cada uno tiene dentro de sí. Es lograr que cada uno fortalezca su humanidad más allá de las metas pretenciosas y externas, y buscar la formación de las personas extrayendo la riqueza que contienen sus almas, y que normalmente se manifiesta en los actos sencillos y cotidianos de la vida.

El primer paso es mostrar que la vida no es sólo lo material que se impone a primera vista, sino que también hay que considerar lo espiritual como una realidad que da valor, sustento y trascendencia a las acciones y logros materiales de la vida y que,

finalmente, es el factor que definirá nuestra personalidad y carácter. Estos últimos, además, constituyen la esencia de lo que percibiremos de nosotros mismos en nuestro fuero interno, y que transmitiremos a los demás puesto que todo lo que hagamos deja una huella inmaterial que siempre podrá ser leída y valorada por otros.

De aquí que sea tan fundamental enseñar que la vida consiste en tener conciencia de la labor inexcusablemente personal de concretar o materializar el tiempo histórico: que vivir implica que el futuro nos llama constantemente, que en el presente actuamos conforme al llamado del futuro, y que el pasado es el depósito de recuerdos y experiencias que logramos con nuestro actuar a través del tiempo para ayudarnos y orientarnos mejor en el actuar cotidiano. Que el calendario como medidor de tiempo es una ayuda que está fuera de nosotros, que es sólo un sistema de registro, pero que es nuestra interioridad la que proyecta y labra nuestras vidas. Que es a partir de nuestro espíritu que surge la singularidad que se expresará en la personalidad de cada uno. Y que, además, como seres imperfectos que somos, no tenemos la capacidad de lograr plenamente nuestras metas, tanto materiales como espirituales, sin la concurrencia de otros. De aquí la importancia de la colectividad en la cual estamos insertos, con sus valores, normas y tradiciones comunes. Para lograr esto último es indispensable que la educación que recibamos comprenda muy importantemente el aprender a comunicarnos con los otros.

De la sociedad normalmente recibimos aportes, acicates y modelos que movilizan nuestro espíritu contribuyendo a desencadenar y enriquecer el tiempo histórico de cada uno y que nos lanzan hacia las metas futuras a que aspiramos. La familia es, sin lugar a dudas, un hecho fundamental para alcanzar este objetivo, pero también la escuela constituye un complemento muy necesario que nos pone en contacto con el mundo exterior a nosotros, mundo que excede largamente el marco familiar.

Esto último, el mundo exterior, nos limita, por un lado, pero nos impele a la acción, por el otro. Nos limita por cuanto la sociedad nos impone un marco para encuadrar nuestros actos. Pero también nos impele a la acción por cuanto nos ofrece una multiplicidad de opciones y logros-metas para encender nuestros anhelos. A la vez, la sociedad nos abre un inmenso campo para entregarle en retribución un aporte creativo-positivo mediante nuestros anhelos y nuestras acciones. La sociedad nos entrega, pero también nos permite aportar.

Esta última consideración es la que le da un extraordinario valor a la acción que ejerce la escuela, la que sería imposible sin desarrollar una capacidad comunicativa que pueda canalizar no sólo aspectos básicos de la vida, sino, muy principalmente, sus aspectos espirituales, pues es en ese plano donde se realiza el verdadero encuentro o contacto con los otros posibilitando configurar una comunidad y generando pertenencia a ella.

El hecho de vivir en sociedad nos circunscribe a un modo colectivo de ser, lo que nos involucra dentro de un conjunto muy mayor, heterogéneo y complejo que, por lo mismo, va originando expresa o tácitamente normas, costumbres, y tradiciones que apuntan a hacer posible la convivencia. La sociedad nos pone en contacto con otras personas que conviven con nosotros en el presente y con aquellos otros que nos antecedieron forjando nuestra cultura, es decir, definiendo el acervo espiritual que nos vincula en el ahora. Y también la sociedad nos contacta con los anhelos compartidos que forman el futuro de la colectividad. Es decir, nos enriquece al contactarnos y permitimos participar del tiempo histórico colectivo: el futuro, presente y pasado de la colectividad. Es esto lo que le da la mayor importancia a la escuela como formación para la sociabilidad.

Para esto es importante enseñar cosas, instruir en algunas materias. Algunas de ellas nos enseñan a pensar y a comunicarnos en forma correcta, mientras que diversas materias entregan el acervo de lo que otras personas, antes que ahora, hicieron para definir el presente en que vivimos. También materias que nos ponen en contacto con conocimientos específicos que ayudarán en el presente a vincularnos con otros, ampliando las posibilidades para encauzar vocaciones y vida laboral. El asunto es escoger bien estas cosas a enseñar y las dosis para aplicarlas, sin dejar de señalar que la instrucción constituye sólo un complemento de la educación: que el camino personal es uno y muy definido, aunque parezca largo, tedioso y difícil. Lo contrario es optar por atajos que, como cantos de sirenas, nos sacan del verdadero y singular camino que nos corresponde asumir, y que normalmente nos llevan a un despeñadero.

De todo lo anterior podemos concluir que la vida, el tiempo histórico, es un factor que se realiza en la singularidad espiritual de cada uno, ya que es cada uno el que va creando su vida singular, su particular tiempo histórico, a partir del futuro que deseamos o anhelamos y que es lo que desencadena la secuencia temporal de futuro, presente, pasado, enunciado así, expresamente, para realzar la verdadera secuencia

humana del tiempo. A su vez, esta singularidad se afirma y se realiza plenamente dentro del conjunto social–cultural en el cual participamos por nuestro origen, señalando a la educación, tanto familiar como escolar, como un factor primordial para la consecución de la excelencia vital, que se manifestará en el relieve y trascendencia de la personalidad singular más allá de las actividades particulares que cada uno desarrolle. Comprender la realidad del tiempo histórico nos impone una tarea compleja que enriquece la vida y nos fortalece frente a las ineludibles adversidades, a la vez que nos abre un amplio abanico de posibilidades para recibir y entregar, es decir, crear y compartir riqueza espiritual con otros.

Referencias:

ARISTÓTELES. **Física**. Traducción y notas: Guillermo R. de Echandía. Editorial Gredos S.A. 1995.

HEIDEGGER, Martin. **Ser y tiempo**. traducción, prólogo y notas: Jorge Eduardo Rivera. Ed. Digital. Disponible en: <http://www.philosophia.cl>. Consultado el: 8 jun. 2020.

RICOEUR, Paul *et al.* **Las culturas y el tiempo**. Salamanca, España: Ediciones Sígueme, 1979.